

Los pliegues de la ceremonia: monarquía, reino y ciudad en tiempos de Martín el Humano

Miguel RAUFAST CHICO
Universitat de Barcelona

1. INTRODUCCIÓN

Están ahí y tienen una historia detrás. En algún lugar determinado, precisado con anterioridad, esperan el paso del rey para iluminar su trayecto hacia la corona. Forman parte de ese brillante océano de cera por el que se desliza la solemne comitiva que acompaña a Martín el Humano por las calles de Zaragoza en su camino hacia la catedral. En el anochecer de ese sábado, 12 de abril de 1399, miles de blandones encendidos establecen una atmósfera casi irreal, una conexión casi sagrada entre el palacio de la Aljafería y el templo de la Seo. Entre ellos, los que la ciudad de Barcelona ha encargado para la ocasión. Están ahí para alumbrar el paso del monarca hacia su inminente coronación, para aportar un impactante simbolismo visual a los preámbulos de la ceremonia, pero también para ser identificados, para testimoniar la participación y el reconocimiento de esta ciudad —y no de otra— al trascendente evento. En ese aparente mar indiscriminado de luz que describen las crónicas, los blandones de cera de la ciudad de Barcelona reclaman una identidad propia: para eso ha sido pintado en ellos el escudo de la ciudad, para eso han sido instalados en un lugar preciso y determinado. Están ahí y tienen una historia detrás, en los pliegues de la ceremonia.¹

En esa imagen, que ilumina lo aparentemente ya iluminado, que descubre diferencias en lo aparentemente uniforme, encuentra su inspiración el presente texto. Una imagen que tiene que ver tanto con la utilización de las fuentes históricas como con la perspectiva desde la que las celebraciones medievales son investigadas. Una imagen que sirve, finalmente, como excusa para un viaje desacomtumbrado por el universo ceremonial de una época y un reinado, el de Martín el Humano en la Corona de Aragón.

Prestar atención a esa historia, señalar su existencia, convertir en momentáneos protagonistas de una ceremonia de coronación a los blandones de cera identificativos de una ciudad, es una literal y, al mismo tiempo, figurada manera de arrojar luz sobre esas zonas de penumbra inherentes a cualquier escenificación cívica, sobre esos pliegues que desmienten la perfecta linealidad a la que aspira toda ceremonia. Penumbas generadas por las fuentes históricas y luego consolidadas por los propios

1. Los detalles sobre la embajada enviada por la ciudad de Barcelona a la coronación de Martín el Humano y sobre los blandones de cera encargados para tal ocasión —detalles sobre los cuales volveremos más adelante en el apartado dedicado a este evento— aparecen recogidos en *Manual de Novells Ardiús, vulgarment apellat Dietari del Antich Consell Barceloní*, vol. 1, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1892, p. 102-123.

historiadores. Pliegues donde tiene cabida todo aquello que subyace bajo los destellos propagandísticos de la celebración.²

Igualmente, desviar la mirada hacia esos elementos anónimos que no lo son tanto, contemplar la ceremonia desde sus aparentes márgenes, es una apuesta por la perplejidad frente a la fascinación, una huida de las grandes descripciones tranquilizadoras para caer en las garras de la duda y la desorientación. No sólo hay vida más allá de las ceremonias asociadas a la monarquía medieval, sino que incluso es lícito plantearse hasta qué punto estas celebraciones han de ser analizadas únicamente como tales. Coronaciones, entradas reales o exequias fúnebres, al igual que la simple procesión, el desfile cívico o la asamblea municipal, son sumas de factores y cúmulos de detalles, procesos de compleja e inestable concreción, antes que deslumbrantes exhibiciones de única lectura. Y son precisamente ese carácter aglutinador, esa fragilidad impensada, los elementos que nos acercan a una más exacta y profunda comprensión de este tipo de solemnidades. Monarquía, reino y ciudad son realidades distintas que pueden llegar a convivir en una misma ceremonia, y el encaje de todo ello no siempre es armonioso. Quizá se podría afirmar que nunca es perfecto, que no puede serlo, por más que las crónicas tiendan habitualmente a afirmar lo contrario. El conflicto y la tensión, al igual que el error y el malentendido, habitan cualquier escenificación colectiva que se precie. Ya se trate de unos blandones de cera o del propio monarca, toda exhibición pública es el resultado de un juego de equilibrios costoso y áspero. Incluso en sus manifestaciones más exitosas, siempre arrastrará esa zona oscura, esos pliegues internos que la harán más humana y menos monumental.³

El reinado de Martín el Humano, a pesar de su relativa brevedad (1396-1410), ofrece al mismo tiempo una impecable densidad celebrativa que parece abarcar todos los tiempos del ciclo ceremonial. El aprendizaje como príncipe del futuro rey, su llegada al trono, su práctica de gobierno, su muerte, están llenos de imágenes sobre las cuales intentar aplicar nuestra propuesta.

2. Al autor de este texto le resulta imposible olvidar la opinión que, sobre el folleto conmemorativo de la celebración de la entrada de Carlos IV en Barcelona, en 1802, nos ha dejado un abogado de Igualada a través de una carta privada: «He rebut també lo llibre individual de la entrada dels soberrans, que en veritat representa la fatxenda Barcelona ab sas exageracions, que fan riure als que presenciaren la matèria entrada: però ells no tenen remey, la sua moda porta la lley, que son insípides las cosas contadas com en sí son, y que per consegüent és necessari mesclar-hi alguna sal per fer-las més sabrosas.» Reproducimos aquí el texto tal y como aparece transcrito en María GARGANTÉ LLANES, «Festa oficial i festa reial: alguns aspectes de la visita de Carles IV l'any 1802 des de la correspondència privada», *Pedralbes* (Barcelona), n.º 23 (2003), p. 442.

3. La entrada triunfal de Alfonso el Magnánimo en Nápoles, el 2 de junio de 1443, podría ser considerada como el caso más destacado de ceremonia-monumento. Estudiada repetidamente por los historiadores, invocada una y otra vez como paradigma de un determinado tipo de celebración, la realidad es que, al hacerlo, nadie parece haber prestado la suficiente atención al papel de la propia ciudad de Nápoles en dicha ceremonia. Apabullados por la riqueza de las descripciones del acontecimiento, impresionados por el arco triunfal donde ha quedado grabada la imagen del monarca en el momento de su entrada, los historiadores han acabado convirtiéndose en transmisores fascinados de la propia propaganda real. Una simple mirada a la tradición celebrativa de la ciudad serviría, sin embargo, para despojar al evento de gran parte de su buscada monumentalidad. Y en el mismo orden de cosas, algo similar podría afirmarse en relación con la percepción que de las ceremonias de entrada real en la Castilla bajomedieval se tuvo durante mucho tiempo a partir únicamente del estudio de las crónicas reales. La aparición de los trabajos de Ana Isabel Carrasco, en los que se mostraban las divergencias existentes entre la información suministrada por este tipo de fuentes y las que aportaba la documentación de los archivos municipales, resultó providencial para obtener una visión mucho menos propagandística de estas ceremonias en dicho reino. Véase, para este último caso, Ana Isabel CARRASCO MANCHADO, «Discurso político y propaganda en la corte de los Reyes Católicos: resultados de una primera investigación (1474-1482)», *En la España Medieval* (Madrid), n.º 25 (2002), p. 299-379.

2. LAS SOMBRAS DE LO VISIBLE

Se le aconseja, se le recomienda, un cierto hieratismo. Mostrar alegría sin estrépito, energía sin agitación, oratoria sin gestualización. Es un consejo para el hermano de un rey, para el padre de un soberano, para un hipotético y futuro monarca. En opinión de Francesc Eiximenis, el infante Martín (duque de Montblanc, hermano de Juan I de Aragón y padre del nuevo rey de Sicilia, Martín el Joven) ha de evitar todo exceso en la expresión, puesto que «massa riure e massa parlar e massa moure los ulls e el cap, fan menysprear lo príncep». Esa exigencia gestual, ese marcaje semiótico, sin embargo, no son privativos de la monarquía, sino extensivos a toda encarnación del poder. Las palabras del monje franciscano, que viajan desde Valencia hasta Sicilia, donde Martín está instalado desde 1392, tutelando el reinado de su hijo en la isla, podrían haber sido dirigidas perfectamente hacia Barcelona o hacia Vic, en busca de las figuras de sus regidores municipales.⁴

«Maça privadesa engendre menyspreu» es la conclusión a la que se llega en el ceremonial de los *consellers* de Vic. Por tanto, se solicita de éstos, casi se les exige, que eviten pasearse en exceso por la ciudad. La proximidad, la familiaridad, son armas de doble filo para cualquier institución y sus representantes. Siguiendo el ejemplo imperante en Barcelona, emulando quizá las prácticas de la corte, las autoridades municipales de Vic se refugian en la distancia y en el distanciamiento, y todo ello conduce a una rigidez ostentadora: en la calle, ninguno de ellos se girará ni se inmutará apenas cuando un jinete se acerque cabalgando por detrás; en el consistorio, ante la pesada exigencia del protocolo que obliga a los miembros del *Consell* a ponerse en pie cada vez que uno de los *consellers* entra en la sala de sesiones, éstos últimos serán invitados a no salir demasiado de ella.⁵

Y sin embargo, necesitan hacerse visibles, mostrar su estatus en todo momento como si de ello dependiera la validez de su cargo. Reyes, príncipes y autoridades municipales, pero también embajadores, representantes del reino o miembros de cualquier comunidad religiosa. Hasta los mendigos han de acreditar los gestos y la apariencia requeridos para poder suplicar limosna en la ciudad. En ese sentido, una ceremonia pública, más allá del motivo puntual que la genera, no es otra cosa que una suma de diferentes visibilidades, una representación intencionadamente ordenada y fija del conjunto social. Las susceptibilidades y tensiones que se agitan debajo de esa forzada imagen, cuando el encaje fracasa, pueden llegar a ser insostenibles.

Así lo experimentó Pedro el Ceremonioso, padre de Martín el Humano, en 1339, mientras cabalgaba junto a Jaime III, rey de Mallorca, por las calles de Aviñón. Tan sólo la dificultad para desenvainar su espada, según refiere el relato de su propia Crónica, impidió que el monarca, en un acceso de cólera, golpease allí mismo a su distinguido enemigo al comprobar cómo éste no parecía respetar el orden de precedencia que les correspondía.⁶ Ese mismo año, por el contrario, los mismos protagonistas ya habían tomado parte, pacíficamente y en Barcelona, en la dimensionada escenificación del traslado de los restos de santa Eulalia, patrona de la ciudad. La visibilidad, en este caso, se hacía extensible a la ceremonia en sí misma: lo que tenía que haber sido un leve desplazamiento en el interior

4. La carta que Francesc Eiximenis envió al infante Martín durante la estancia de éste en Sicilia aparece mencionada y reproducida en Sebastià RIERA I VIADER, *Martí l'Humà, primer duc de Montblanc*, Montblanc, Centre d'Estudis de la Conca de Barberà, 2000, p. 65-66. De hecho, tal y como recuerda el propio Riera, Eiximenis ya había escrito en ese momento su *Regiment de la cosa pública*, dedicado a las autoridades municipales de Valencia.

5. Antonio VILA, *Cerimonial de Consellers de la ciutat de Vic: Manuscrit inèdit del segle xv*, Vic, Patronat d'Estudis Ausonens, 1989, f. xxvi, xxxii y xxxiii.

6. Ferran SOLDEVILA (ed.), *Les quatre grans cròniques: Jaume I, Bernat Desclot, Ramon Muntaner, Pere III*, Barcelona, Selecta, 1971, p. 1035-1036.

de la catedral, desde la sacristía del templo hasta la nueva cripta, acabó transformado en una multitudinaria y aparentemente armoniosa procesión que había acompañado y exhibido las reliquias de la santa por las calles del municipio hasta regresar de nuevo a la *Seu*.⁷

Los mecanismos son conocidos por el infante Martín. Los ha vivido en diferentes circunstancias, algunas de ellas en esas mismas calles por las que se teatralizó escénicamente el traslado de los restos de santa Eulalia en 1339. Para su boda, celebrada en Barcelona en 1372, Martín recorrió un itinerario parecido, igualmente dimensionado, en su camino desde el palacio real hasta la vecina catedral. Calles que la ciudad había encargado ordenar y adornar previamente, y que grupos de trabajadores a sueldo del municipio habían convertido en una alfombra vegetal para el paso de los novios.⁸ Y en 1381, con motivo de la ceremonia de coronación de Sibila de Fortià, última esposa de su padre, Pedro el Ceremonioso, Martín había sido el destinatario de la cólera real cuando, ante su pretensión de no acudir a la celebración en Zaragoza, de no contribuir a la visualización perfecta del ritual, como una forma de apoyo político a su hermano Juan, primogénito al trono, el monarca le había amenazado con toda su ira: «E us castigarem de vostra inobediència de tal manera que vós entendreu que haveu greument errat, e us dolrà tostemps de la vostra vida. Però la festa de la coronació se farà sollemnemnt o bé sens vós o sens ell.»⁹

Mecanismos, en definitiva, que todos conocen y sobre los que se establece un juego permanente de representación e identidad. Si la ciudad honra a su príncipe, si Barcelona acoge la celebración de las nupcias del infante Martín, no es para desaparecer anónima en forma de decorado incondicional, sino justamente para afirmar su presencia e imponer su particularidad. Los blandones de cera que alumbren las calles, los estandartes que enarbolan los oficiales municipales, las ropas, los colores, todo aquello que sea costeado por el municipio evocará y señalará indefectiblemente su procedencia. Hacerse visible, manifestar su estatus, frente a la corte y frente al mundo, ese es el deseo de toda ciudad, soliviantada siempre ante cualquier detalle, por nimio que sea, que pueda suponer una merma en su bien cuidada autoestima. A su vez, por debajo de esa voluntad institucional, las diferentes realidades que conforman el cuerpo social urbano tendrán ocasión de manifestar sus propias susceptibilidades diferenciadoras, en una espiral de latente confrontación que desciende inevitable hasta las capas más bajas de la comunidad.

Los papeles pueden, incluso, llegar a intercambiarse. En 1391, para costear la campaña militar de apoyo a la instauración de su hijo en el trono del reino de Sicilia, el infante Martín había vendido la villa de Tàrrega —además de otras posesiones, como Sabadell y Terrassa, que le correspondían por su título de duque de Montblanc— a la ciudad de Barcelona. El 23 de noviembre de ese año, los representantes barceloneses se habían presentado a las puertas de Tàrrega y, tras confirmar los privilegios de la villa, habían tomado posesión del municipio. El acto, quizá meramente burocrático, no tan sólo instauraba una nueva situación de vasallaje para los habitantes de Tàrrega, sino que modificaba la relación ceremonial de éstos con el exterior. Muchos años después, en 1458, con motivo de la visita

7. Ferran SOLDEVILA (ed.), *Les quatre grans cròniques...*, p. 1034. Igualmente ha quedado constancia del itinerario recorrido por la procesión, así como de la preparación y engalanamiento de las calles por parte del consistorio barcelonés, en el Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona (AHCB), Consell de Cent (CC), Llibre del Consell, xiv, f. 34v y 71v. El episodio también aparece comentado en Agustí DURAN I SANPERE, *Barcelona i la seva història*, vol. I, Barcelona, Curial, 1972-1975, p. 348.

8. Puede encontrarse una somera descripción del desplazamiento del infante Martín y su prometida, María de Luna, por las calles de Barcelona en «Crònica del Racional de la ciutat de Barcelona», *Recull de Documents i Estudis* (Barcelona), n.º 1 (1921), p. 145-146. Los detalles sobre la contribución de la ciudad a tal evento pueden obtenerse a partir de los datos registrados en AHCB, CC, Clavaria, xi-10, f. 85v-106r.

9. Reproducimos aquí el texto tal como aparece transcrito en Sebastià RIERA I VIADER, *Martí l'Humà...*, p. 62.

de Juan II a la villa, las autoridades de la misma se habían excusado ante el monarca por no recibirle bajo palio, dado que ese honor, si fuera el caso, tan sólo correspondía a Barcelona, en tanto que *señora* de Tàrraga.¹⁰

3. EN LOS MÁRGENES DE LA CEREMONIA

Como si estuviera en el interior de una pesadilla, el futuro Juan I recorre los portales de acceso a Castelló sin encontrar uno sólo por donde penetrar en la villa. Puentes destruidos y puertas tapiadas aparecen ante él mientras rodea el perímetro amurallado en un infructuoso intento por acceder a su interior. Grita que le abran, y el eco es siempre una negativa. Ordena desesperadamente incendiar un portal, y una lluvia de piedras lo inunda todo. Como si no pudiera despertar de un sueño infame, el infante Juan, hermano de Martín e hijo de Pedro el Ceremonioso, escribe más tarde a su padre para darle cuenta de la visión. En la carta, confiesa que no sólo ha tenido que desistir de su intención de entrar en Castelló, sino que al pretender hacer lo mismo en Vila-real se ha encontrado con una respuesta similar por parte de sus habitantes, con la diferencia de que esta vez, por lo menos, han tenido el detalle de no arrojar nada contra él.¹¹

Pedro el Ceremonioso conoce esa sensación; también él la ha vivido en el pasado. En realidad, la imagen de una ciudad hermética expresando exclusión y rechazo no es algo inusual. Todos la han percibido alguna vez, desde el rey hasta el último de los mendigos. Por diferentes motivos, no es fácil entrar en la ciudad medieval, y según las circunstancias, puede llegar a convertirse en una empresa imposible. Esa formidable cualidad, esa capacidad para replegarse sobre sí misma en un gesto que puede ser prudentemente previsor o instintivamente salvador, obliga a todo visitante a negociar, de una forma u otra, su ingreso en ella. Lo harán el monarca y su corte, lo harán el comerciante y el viajero, lo harán tanto el enfermo como el pobre.¹²

¿Es eso lo que, en 1397, retiene a Martín el Humano en Badalona, a la espera de efectuar su entrada en Barcelona como nuevo soberano de la Corona de Aragón? Ha llegado por mar desde Sicilia para

10. Acerca de la venta de patrimonio real por parte de Martín el Humano a la ciudad de Barcelona, véase M. Teresa FERRER I MALLOL, «Projecció exterior», en Jaume SOBREQUÉS i CALLICÓ (dir.), *Història de Barcelona*, vol. III, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 1992, p. 365-368. Para la toma de posesión de Tàrraga por parte de los enviados barceloneses, véase Josep Maria SEGARRA I MALLA, *Història de Tàrraga*, vol. I, Tàrraga, Museu Comarcal de Tàrraga, 1984, p. 231. Por lo que respecta a la recepción ofrecida por las autoridades de Tàrraga a Juan II en 1458, remitimos a Ramon MIRÓ I BALDRICH, «Fasts reials a Tàrraga a finals de l'Edat Mitjana», *Urtx* (Tàrraga), n.º 5 (1993), p. 139.

11. En 1368, Castelló y Vila-real, entre otras poblaciones, habían sido concedidas por Pedro el Ceremonioso a su hijo Martín, y el infante Juan había sido encargado de supervisar la toma de posesión en nombre de su hermano. Con su negativa a recibir al hijo del monarca, ambos municipios manifestaban su rechazo a dicha disposición, al considerar que ponía en peligro los privilegios y libertades adquiridos en el pasado de manos del propio monarca y de sus antecesores. En cualquier caso, un mes más tarde, la toma de posesión tendría lugar finalmente sin mayores altercados. La carta del infante a Pedro el Ceremonioso, en la que se describe el impactante desencuentro, aparece transcrita en Daniel GIRONA I LLAGOSTERA, «Itinerari de l'Infant En Joan, fill del rei En Pere III (1350-1387)», en *III Congrés de Història de la Corona de Aragó*, vol. II, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1923, p. 304. El episodio ha sido igualmente comentado en Rafael TÀSIS, *Joan I*, Barcelona, Aedos, 1959, p. 48-50.

12. En la Crónica de Pedro el Ceremonioso se describe una situación muy similar a la vivida por el infante Juan. En esta ocasión fue el propio monarca quien se enfrentó a la reticencia de los habitantes de Burriana, también en el reino de Valencia, a permitir su ingreso en la villa (Ferran SOLDEVILA (ed.), *Les quatre grans cròniques...*, p. 1031-1032). Para algunos ejemplos de accesos cerrados en ciudades bajomedievales, véanse Ana Isabel CARRASCO MANCHADO, «Símbolos y ritos: el conflicto como representación», en José Manuel NIETO SORIA (dir.), *La monarquía como conflicto en la Corona castellano-leonesa (c. 1230-1504)*, Madrid, Sílex, 2006, p. 539-544, y Miguel RAUFAST CHICO, «Ceremonia y conflicto: entradas reales en Barcelona en el contexto de la Guerra Civil Catalana (1462-1473)», *Anuario de Estudios Medievales* (Barcelona), vol. 38/2 (2008), p. 1037-1084.

ocupar el trono que la muerte de su hermano, Juan I, ha dejado vacío. Dentro de unos días, todo fluirá en una sucesión de festejos, desfiles y solemnidades, y la ciudad se exhibirá ante él mientras celebra su llegada. Se adornarán las calles y se iluminarán las casas, la catedral estallará en una explosión de luz y sonido, los jinetes se enfrentarán en su honor en la plaza del Born, y un palio le ensalzará mientras autoridades y personalidades llevan las riendas de su caballo. Dentro de unos días, todo eso será visto y relatado. Pero ahora aún no, en estos momentos Martín el Humano sigue detenido en Badalona, y es allí donde recibe las visitas de sus súbditos. Si fuera por la embajada aragonesa que, el 26 de mayo, se presenta ante él, esa entrada ni siquiera tendría lugar. Le reclaman, le recuerdan, que es necesario que jure primero en Zaragoza para poder actuar como rey. Le avisan, le previenen, que hasta que ello no suceda, el reino de Aragón se siente eximido de considerarlo como su legítimo soberano. Ante la inminencia de la entrada en Barcelona y lo que en ella sea jurado por Martín el Humano, los embajadores aragoneses dejan constancia de su exigencia por escrito y emplazan al nuevo monarca a viajar lo antes posible a Zaragoza. Pero ahora, lo que el rey desea es poder navegar por la costa hasta la playa de Barcelona. Un puente honorífico de madera lo conducirá a tierra firme, y un catafalco ceremonial le exigirá un juramento trascendental. Sin dicho juramento, no habría fiesta alguna y la ciudad comenzaría a retraerse sobre sí misma con ese gesto previsor o salvador tan conocido.¹³

El 27 de mayo de 1397, Martín el Humano jura los privilegios y libertades de Barcelona, tal y como hicieron en el pasado sus antecesores. En el documento pertinente, que sin duda han analizado con minuciosidad obsesiva los juristas de una y otra parte durante la espera del rey en Badalona, queda confirmada la relación contractual entre ciudad y monarca, y la fiesta de recepción ofrecida así lo celebra. Pero cuando acabe el día, cuando la ceremonia haya agotado todos sus recursos, la memoria de los hechos no será perfecta. En realidad, pasarán meses, años, hasta que el juramento de Martín el Humano sea entregado a las autoridades de Barcelona con el sello real que le concede plena validez, y las divergencias entre municipio y soberano respecto a lo jurado y firmado, pero aún no sellado, permanecerán durante mucho tiempo como una oscura secuela del brillante momento en que se escenificó el encuentro entre ambos.¹⁴

Para evitar el gesto previsor o salvador de la ciudad que tanto daño puede hacerle, Martín el Humano ha jurado y firmado, pero no sellado, los privilegios que a Barcelona concedieron, entre otros, su padre, Pedro el Ceremonioso, y su hermano, Juan I. También sabe, pero quizá prefiere no ser demasiado consciente de ello, que esos mismos privilegios, apenas entre en el recinto urbano, acabarán incidiendo sobre su propia persona. Lo que coma, lo que beba, cualquier gasto de la corte, estarán sujetos a las imposiciones que gravan el consumo en el interior del municipio. Quizá prefiere olvidarlo, porque la imagen que le interesa es la de esa celebración solemne con la que Barcelona lo ha distinguido finalmente, y no la de ser equiparado a cualquier otro habitante de la ciudad. Si es así, el consistorio no tardará en recordárselo, en lo que es una práctica habitual siempre que llega un séquito real. Ya sucedió en el pasado con Pedro el Ceremonioso y con Juan I, y volverá a suceder en el futuro con el mismo Martín el Humano y con su hijo, Martín el Joven. Se le recordará el impago y se le

13. Acerca de todo lo referente a las circunstancias históricas, los preámbulos y el desarrollo de la entrada de Martín el Humano en Barcelona, véase Miguel RAUFAST CHICO, «¿Un mismo ceremonial para dos dinastías? Las entradas reales de Martín el Humano (1397) y Fernando I (1412) en Barcelona», *En la España Medieval* (Barcelona), n.º 30 (2007), p. 91-129.

14. Los detalles de estas divergencias, generadas a partir de la similitud del juramento de Martín el Humano con el de su inmediato predecesor en el trono, Juan I, han sido expuestos en M. Teresa FERRER I MALLOL, «Les relacions del rei Martí l'Humà amb la ciutat de Barcelona», en *VII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. III, Barcelona, Imprenta Viuda de Rodríguez Ferran, 1962, p. 161-170.

exigirá, antes que la satisfacción de la deuda, el reconocimiento de su obligación de hacerlo. Una y otra vez, una vez tras otra, como si se tratara de cerrar portales y destruir puentes para impedir la entrada de un precedente dañoso que pudiera abrir una brecha en el honor y la capacidad fiscalizadora del municipio.¹⁵

Pero el rey Martín guarda, a pesar de todo ello, una imagen más preciosa en su memoria. Sigue viendo fascinado las representaciones y espectáculos escénicos que han desfilado ante él en Barcelona tras su juramento. Entre ellos, los entremeses del águila y el dragón que, dos años más tarde, pedirá volver a contemplar de nuevo con motivo de la ceremonia de su coronación en Zaragoza.

4. TODAS LAS LUCES DEL MUNDO

Han señalado todas y cada una de las posadas donde se alojan. Cualquiera puede ver, gracias a esas hojas de papel que tienen el emblema de la ciudad pintado en ellas, que la delegación de Barcelona ha llegado ya a Zaragoza y que ocupa diferentes estancias en el interior del recinto urbano. Junto a los seis enviados oficiales, entre los cuales se encuentra un regidor o *conseller* municipal, figuran dos *verguers* o alguaciles de maza, un portero real, un trompeta, un cocinero, diferentes sirvientes y, quizá, también algún esclavo. Se hallan en Zaragoza desde principios de abril de 1399 y esperan el momento, el día, en que Martín el Humano será coronado rey.

La documentación municipal los rescata parcialmente de ese olvido casi total al que son condenados por las descripciones cronísticas. Ciertos movimientos, ciertas identidades, una más concreta visibilidad, cobran forma y se independizan del relato dominante. La embajada barcelonesa, que prepara su participación en las ceremonias de coronación del monarca y de la reina María, que encarga trescientos blandones de cera para dichas jornadas, que paga las 1.200 señales heráldicas que serán dibujadas en ellos para anunciar ostentadamente su procedencia, adquiere sentido por sí misma, y sus gestos una nueva dimensión.¹⁶

Traen consigo joyas y reliquias que el monarca ha solicitado en préstamo para su coronación. Hasta seis monturas de la comitiva han sido destinadas a ello. El cargamento ha sido convenientemente inventariado y luego pesado, una operación que volverá a repetirse cuando las piezas sean devueltas tras la ceremonia. Llegan igualmente de Barcelona los entremeses del águila y del dragón, revisados y recompuestos, para animar la fiesta que seguirá a la coronación. Ropas y coberturas han sido elaboradas para la ocasión, y las lucirán con intencionada uniformidad desde los delegados hasta el correo municipal que los mantiene conectados con Barcelona durante su misión, sin olvidar las monturas de todos ellos. Músicos y juglares de todas las procedencias son requeridos y contratados para amenizar las jornadas de la embajada, cuyos miembros, como representantes de Barcelona, se

15. Para una aproximación al tema del impago de las imposiciones sobre el consumo por parte de la monarquía en la ciudad de Barcelona, véanse Ramon GRAU i FERNÁNDEZ, «Joan Fivaller, Ferran I i les impositions municipals de Barcelona. Repàs a un mite històric», *Barcelona Quaderns d'Història* (Barcelona), n.º 2/3 (1996), p. 53-99, y Miguel RAUFAST CHICO, «La entrada real de Martín el Joven, rey de Sicilia, en Barcelona (1405): solemnidad, economía y conflicto», *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia* (Barcelona), n.º 27/28 (2007), p. 114-119.

16. Un protagonismo al que también debería aspirar la propia ciudad de Zaragoza, reducida siempre a un eterno papel de decorado casi anónimo y a una prácticamente nula visibilidad institucional durante la celebración de las ceremonias de coronación, de las cuales, sin embargo, es sede permanente. Por lo que se refiere a los datos sobre la actividad de la delegación barcelonesa, remitimos a partir de ahora, siempre que no se indique lo contrario, a la referencia ya indicada en la nota 1. La sospecha sobre la presencia de esclavos en dicha delegación procede de la constatación de ello en la embajada que Barcelona envió a la coronación de Fernando I en 1414, tal como ha quedado documentado en AHCB, CC, Clavaria, XI-37, f. 103r.

desplazan por la ciudad precedidos por los *verguers* y son anunciados, tal vez, por el sonido de trompetas con emblemas identificativos. Han de hacerse visibles, dignificar la ciudad que los envía, garantizar que su prestigio no quede dañado bajo ningún concepto, pero ahora sin puertas que cerrar ni puentes que destruir.¹⁷

Ese itinerario de ida y vuelta por el cual el monarca —y tras él la reina— se desplazará entre el palacio real de la Aljafería y el templo de la Seo, primero en búsqueda de su corona y luego, de regreso, exhibiendo su nueva condición, ha de quedar inundado de luz. Imposible saber en qué lugar del trayecto se concentra más cantidad de blandones, de tantos que hay, señala Ramon Muntaner en su relato de la coronación de Alfonso el Benigno en 1328. Más de cuatro mil, repartidos a ambos lados del recorrido, según refiere Álvarez García de Santa María al describir la de Fernando I en 1414. Unos diez mil, es la consideración aproximada que Pere Miquel Carbonell establece para la ceremonia de Martín el Humano en 1399. Ese despliegue masivo, fruto de la contribución de todos los presentes, desde la ciudad anfitriona hasta el rey organizador, pasando por los invitados a la celebración, ya sean nobles, autoridades eclesiásticas o representantes urbanos, es, al igual que cualquier aglomeración humana, una suma de identidades diferenciadas.¹⁸

Los trescientos blandones aportados por la embajada barcelonesa —doscientos para la coronación del rey y cien para la de la reina, que tendrá lugar días después— han sido instalados, tras ser uniformados con el escudo de la ciudad, en algún punto determinado del itinerario y luego cercados para preservar su representatividad particular. Varios hombres a sueldo se encargarán de su vigilancia hasta el momento en que tengan que ser usados, y un oficial real se ocupará de dar la orden de encenderlos cuando se aproximen el rey o la reina. Arderán y serán contemplados por el monarca, por los miembros de la numerosa comitiva que acompaña a Martín el Humano, y por los propios delegados barceloneses que participan en dicho desfile y ocupan un lugar destacado junto a los cordones ceremoniales que sujetan las riendas del caballo real. Están ahí, entre otras cosas, para iluminar el estatus de Barcelona en ese incendio controlado que convierte la noche en día y arrebatada toda oscuridad de la figura del soberano.¹⁹

17. La información aportada por el *Manual de Novells Ardits* puede complementarse con la que suministran los registros del Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, en los que también se proporcionan detalles —confección de ropajes, traslado de joyas y entremeses, pagos a miembros de la expedición— sobre la embajada (AHCB, CC, Clavaria, XI-22/23, f. 181v, 182r, 184v, 206v-207r y 215v). Se trata, tanto en uno como en otro caso, de información de carácter contable donde ha quedado constancia de los gastos ocasionados por el envío a Zaragoza de dicha comitiva.

18. La Crónica de Ramon Muntaner, al describir la ceremonia de coronación de Alfonso el Benigno en 1328 desde el punto de vista de la embajada de la ciudad de Valencia, concede a sus miembros una notoria y dinámica visibilidad, por momentos hasta aparatosa: «E així mateix hi fom nosaltres sis qui hi fom trameses per la ciutat de València, que anam ab gran companya; que tots dies donàvem civada a bèsties nostres pròpies, a cinquanta-dues, e hi haviem bé cent quinze persones. E hi menam trompadors e tabaler e nafil e dolçaina, los quals vestim tots de señal, ab los penons reals, e tots bé encavalcats. E cascun de nós tots sis menàvem nostres fills o nostres nebots, ab arma de bornar [...]. E hi portam cent cinquanta brandons de València, cascun de dotze lliures; e fém-los tots verds, ab escuts reials» (Ferran SOLDEVILA (ed.), *Les quatre grans cròniques*, vol. III, *Crònica de Ramon Muntaner*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2011, p. 495). Para la presencia de blandones en la coronación de Martín el Humano en 1399, remitimos a la transcripción que, del texto original del siglo XVI de Pere Miquel Carbonell (*Cròniques d'Espanya*), aparece en Francesc MASSIP, *La monarquía en escena*, Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de las Artes, Dirección General de Promoción Cultural, 2003, p. 207. Por lo que respecta al mismo aspecto en la coronación de Fernando I en 1414, véase Donatella FERRO (ed.), *Le parti inedite della 'Crònica de Juan II' di Álvarez García de Santa María*, Venecia, Consiglio Nazionale delle Ricerche, 1972, p. 99.

19. Para algunas ideas sugerentes sobre el tratamiento y la utilización de la luz en ceremonias urbanas, véase Elodie LE-CUPPRE-DESJARDIN, «Les lumières de la ville: recherche sur l'utilisation de la lumière dans les cérémonies bourguignonnes (XIV^e-XV^e siècles)», *Revue Historique* (París), n.º 609 (1999), p. 23-43.

5. LA REBELIÓN DE LOS SÚBDITOS

¿Y si su corona, en lugar de joyas, llevara espinas? Se imagina sin cetro y sin pomo, despojado de todas sus insignias reales, transfigurado a su pesar, mientras la carta que lee lo va desnudando, o así quiere entenderlo él, hasta situarlo empujándolo a las puertas de Jerusalén —aunque sabe que se trata de la ciudad de Valencia— para entrar en ella con la humildad que el Redentor sí tuvo y que a él le ha faltado. Pero el rey Martín no quiere ser como Jesús, o por lo menos no desea serlo exactamente así. No quiere entrar en ninguna ciudad sin tener la seguridad de poder sobrevivir a ello.

Francisco de Aranda, monje cartujano y figura muy próxima a la familia real, le ha escrito y amonestado tras contemplar, o conocer, el fasto con el que ha sido escenificada su entrada en Valencia. Considera desmesurada la exhibición del monarca y le recuerda lo lejana que está de la sencillez con la que el Salvador se presentó a las puertas de la Ciudad Santa. Incómodo con la comparación, nostálgico ya de esos atributos reales que su antiguo consejero parece despreciar, Martín el Humano, el 14 de abril de 1402, se siente impelido a escribir, o dictar, o hacer que alguien escriba en su nombre una adecuada respuesta.²⁰

Esa entrada, ese motivo de discordia y de intercambio epistolar que ahora ocupa y preocupa al rey, apenas hace unos días que ha tenido lugar, pero su origen se remonta a un año antes, cuando Martín y su corte esperaban en las inmediaciones de Valencia, a finales de mayo de 1401, el momento en que la ciudad los recibiese con la solemnidad correspondiente a la primera visita de su soberano. En esos días, una delegación municipal se había presentado ante el monarca y le había planteado la posibilidad de que su entrada y la de la reina, habitualmente festejadas por separado, tuviesen en dicha ocasión una celebración conjunta, dada la situación de penuria económica que sufría Valencia en aquellos momentos. Luego, la ceremonia había quedado como atrapada en un limbo de indeterminación, y su preparación perdido toda materialidad. El 28 de mayo, el rey explicaba por carta a la reina que nada parecía moverse en la ciudad en ese sentido, y que resultaba altamente improbable que la fiesta estuviese dispuesta en las semanas inmediatas. Ya en junio, el consistorio anunciaba oficialmente por la calles de Valencia que la entrada iba a tener lugar el 19 de aquel mismo mes, ordenaba reparar y limpiar los puentes y vías de acceso, y convocaba a los miembros del estamento artesanal para su participación en la ceremonia. A esas alturas, el monarca había llegado a manifestar su predisposición a trocar, si ello era necesario, la celebración de la entrada por una cantidad equivalente de dinero al contado.²¹

Pero no es de eso de lo que habla Martín el Humano en su carta, o tal vez sí, pero con otras pala-

20. Francisco de Aranda había actuado como consejero real hasta 1398, año en el que decidió ingresar en el monasterio de Portaceli, en el reino de Valencia. En realidad, tan sólo conocemos el contenido de su carta a través de la detallada y muy argumentada respuesta que el rey Martín le devolvió ese 14 de abril de 1402 (Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Cancillería, reg. 2244, f. 158r-159r. Utilizamos aquí la transcripción que, de dicho documento, aparece en Antoni RUBIÓ I LLUCH (ed.), *Documents per a la història de la cultura catalana medieval*, vol. 2, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2000 (edición facsímil de la de 1908-1921), p. 365-367). Acerca de la relación de Aranda con la corte real, véase M. Teresa FERRER I MALLOL, «Un aragonés consejero de Juan I y de Martín el Humano: Francisco de Aranda», *Aragón en la Edad Media* (Zaragoza), n.º XIV-XV (1999), p. 531-562.

21. Las referencias a las disposiciones y a la actuación del consistorio valenciano proceden de la documentación de carácter archivístico recogida en Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una bibliografía de libros de fiestas celebradas en Valencia y su antiguo reino*, Valencia, Imprenta Hijo de F. Vives Mora, 1925, p. 66, 68-69 y 71. Las reacciones de Martín el Humano ante la demora en su entrada en Valencia han sido extraídas de la documentación epistolar del monarca contenida en Daniel GIRONA I LLAGOSTERA, «Itinerari del rey en Martí (1391-1402)», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* (Barcelona), n.º 4 (1911-1912), p. 163-164.

bras. No es misión de los reyes imitar los actos redentores únicamente atribuibles a Jesucristo, y mucho menos pretender que la celebración de una entrada sirva para dicho objetivo, argumenta el monarca. Hacerlo así equivaldría, según considera él, a «entrar tot nuu sens bragues, coronat d espines, clavellat, açotat, e a la fi penjat e que l poble li fos treydor e desleal»; a provocar, favorecer, desencadenar, en definitiva, la rebelión de sus súbditos. Si tanto David, tras derribar a Goliat, como Joás, rey de Israel, tuvieron derecho a este tipo de fiesta, ¿por qué motivo debería renunciar él a una tradición que, además de antigua, ha sido seguida por todos sus predecesores en el trono? No quiere ser como Jesús —«lo feel xristia deu la passio de Jhesu Xrist per compasio meditar e no per obres semblar»— ni cargar con la peligrosa responsabilidad de redimir los pasados pecados de todos los reyes del mundo.

Y sin embargo, a inicios de 1402, Martín el Humano aún no había podido efectuar su entrada en Valencia. Por esas fechas, mientras el monarca negociaba en Aragón el compromiso matrimonial de su hijo, el rey de Sicilia, con Blanca de Navarra, en la ciudad se seguía haciendo el recuento que, día a día, desde junio de 1401, contabilizaba las muertes que un brote epidémico provocaba en el interior del recinto urbano. De esa plaga que se había instalado en la ciudad antes que él, el rey Martín iría recibiendo puntuales noticias hasta el mismo día de su definitiva entrada en Valencia, el 28 de marzo de 1402.²²

No era una, como había sugerido la ciudad, ni dos, como establecía la costumbre, sino tres entradas diferentes lo que había solicitado Martín el Humano al presentarse de nuevo ante las puertas de Valencia. Tres palios, tres vajillas de plata, tres festivales de entremeses y representaciones espectaculares, tres días de una intensidad repetida y ampliada. Para su persona, para la de la reina y para la de Blanca de Navarra, ahora nueva reina de Sicilia y esposa del primogénito. Tres despliegues ceremoniales, en definitiva, que parecían querer ahogar toda huella de indefinición y de rutina detectada en el pasado. «Quals james no foren vistes en aquest Regne», habían juzgado las autoridades de Valencia sobre las fiestas acabadas de celebrar, al tiempo que empezaban a evaluar el coste de toda aquella exagerada visibilidad.²³

Quizá es eso lo que escandaliza o perturba al monje Francisco de Aranda, y quizá es eso también lo que no quiere o no pretende entender Martín el Humano. Para el monarca, es totalmente lícito exhibir sus insignias reales ante el pueblo, dejar que éste honre y festeje su presencia, sin que ello suponga contravenir las enseñanzas de Jesús. No añade en su carta, tal vez no le conviene hacerlo, que no le hubiese importado entrar sin solemnidad alguna en Valencia —simplemente «ab la gracia de Deu», tal como ha confesado a la reina— si a cambio de ello le hubiesen ofrecido una compensación económica. Lo que él desea es conservar su corona, su cetro, su pomo, y alejar esa imagen desnuda y

22. Para el encuentro de Martín el Humano con el rey de Navarra en enero de 1402, véase Áurea L. JAVIERRE MUR, *María de Luna, reina de Aragón*, Madrid, CSIC, 1942, p. 32-33. Para la incidencia de la epidemia declarada en la ciudad de Valencia entre junio de 1401 y marzo de 1402, véase Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una bibliografía...*, p. 69.

23. Pueden encontrarse algunos detalles dispersos sobre la entrada de Martín el Humano en Valencia en 1402 en Áurea L. JAVIERRE MUR, *María de Luna...*, p. 154; Teresa FERRER VALLS, «La fiesta cívica en la ciudad de Valencia en el siglo xv», en Evangelina RODRÍGUEZ (ed.), *Cultura y representación en la Edad Media*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1994, p. 150; Rafael NARBONA VIZCAÍNO, «Las fiestas reales en Valencia entre la Edad Media y la Edad Moderna (siglos xiv-xvii)», *Pedralbes* (Barcelona), n.º 13/2 (1993), p. 467-468. Los datos más precisos sobre dicha ceremonia siguen siendo, en cualquier caso, los que aporta la documentación archivística recopilada en Salvador CARRERES ZACARÉS, *Ensayo de una bibliografía...*, p. 66-72. Igualmente, resulta muy valiosa la información que, sobre la preparación y elaboración de los entremeses y elementos espectaculares utilizados en dicha entrada, ofrece la consulta de Joan ALIAGA, Lluïsa TOLOSA y Ximo COMPANYY (ed.), *Documents de la pintura valenciana medieval i moderna*, vol. II, *Llibre de l'entrada del rei Martí*, Valencia, Universitat de València, 2007.

doliente en la que se ve desposeído, humillado y martirizado por sus propios súbditos. Si ha de morir, que sea cuando la Divinidad, y no ellos, lo disponga.²⁴

6. EL VIAJE MÁS LARGO

En 1460, su cuerpo sigue reposando en Barcelona. Los nuevos reyes han preguntado por él y han buscado una cierta protección bajo su imagen. En 1412, Fernando I, el primer representante de la dinastía Trastámara en el trono de la Corona de Aragón, ha querido entrar en Barcelona vestido de manera idéntica a la que lo había hecho él en 1397. En 1458, Juan II ha pedido ser informado de todos los detalles relativos a dicha entrada antes de efectuar la suya en la ciudad. Entran los nuevos reyes, pero Martín el Humano no abandona aún Barcelona, detenidos sus restos en una espera que parece un olvido, postergado indefinidamente su traslado a la tumba escogida, en lo que sin duda es el viaje más largo del fallecido monarca.²⁵

La decisión de ser enterrado en el monasterio de Poblet había sido expresada por el rey Martín en 1402, siguiendo una tradición de la que habían participado la mayoría de sus predecesores. Conocía esa tradición y había colaborado en que se hiciera realidad disponiendo y supervisando el traslado de los restos de su padre, Pedro el Ceremonioso, y de su hermano, Juan I. En 1401, los cuerpos de éstos habían sido extraídos del interior de la catedral de Barcelona, conducidos en solemne procesión hasta el exterior de la ciudad, y allí entregados a los monjes que, llegados desde Poblet, iban a acompañar los restos hasta las puertas del monasterio. Así deseaba Martín el Humano que sucediera con él mismo, y así lo había comunicado al propio abad de Poblet, promoviendo desde ese momento el comienzo de la construcción de la tumba destinada a ello, «segons pertany a nostra decencia Reyal, axi com es feta al dit Senyor Rey, nostre pare, e a cascuns dels Reys predecesors nostres».²⁶

Pero ese viaje, tras la muerte del monarca en 1410, nunca pareció tener fecha. Después de ser trasladado a la catedral, después de ser instalado en una capilla ardiente y ser celebrado su funeral, después de que se apagara el brillo fúnebre de los cirios enlutados y desapareciera el sonido conmovido de los cantos litúrgicos, el cuerpo del rey Martín había quedado atrapado en Barcelona. Ni siquiera el estruendo de los caballeros arrojando sus escudos a tierra y gritando teatralmente su desesperación había conseguido rescatar al traspasado monarca de dicha reclusión. Dejaba un trono huérfano, y una tumba por hacer.²⁷

24. Acerca de la presencia y evocación del modelo bíblico en la imaginería relacionada con las ceremonias de entrada real medievales, véanse Ernst H. KANTOROWICZ, «The “King’s Advent” and the Enigmatic Panels in the Doors of Santa Sabina», *Art Bulletin* (Nueva York), n.º 26:4 (1944), p. 207-231; Pierre DUFRAIGNE, *Adventus Augusti, Adventus Christi*, París, Institut d’Études Augustiniennes, 1994, y Gordon KIPLING, *Enter the King. Theatre, Liturgy, and Ritual in the Medieval Civic Triumph*, Oxford, Clarendon Press, 1998.

25. En relación con el interés de Fernando I y de Juan II por los detalles de la ceremonia de entrada de Martín el Humano en Barcelona, véase Miguel RAUFAST CHICO, «Imágenes para una ceremonia: la entrada real en la Barcelona bajomedieval», en Gemma Teresa COLESANTI (ed.), *Le usate leggiadre. I cortei, le cerimonie, le feste e il costume nel Mediterraneo tra il xv e xvi secolo*, Montella, Centro Franciscano di Studi sul Mediterraneo, 2010, p. 174-175.

26. El traslado de los restos de Pedro el Ceremonioso y Juan I aparece mencionado en la «Crònica del Racional...», p. 164, y ha quedado registrado en la documentación municipal barcelonesa a partir de los gastos ocasionados por dicha ceremonia (AHCB, CC, Clavaria, XI-25, f. 191r y 203r-204r). La carta de Martín el Humano al abad de Poblet se conserva en ACA, Cancillería, reg. 2244, f. 122r. Utilizamos aquí la transcripción recogida en Daniel GIRONA I LLAGOSTERA, «Epistolari del Rey En Martí d’Aragó», *Revista de la Asociación Artístico-Arqueológica Barcelonesa* (Barcelona), n.º VI (1906), p. 188.

27. En realidad, disponemos de muy pocos datos sobre las exequias celebradas en Barcelona tras la muerte de Martín el Humano. Planteamos aquí una aproximación hipotética a partir del modelo imperante en la ciudad para este tipo de ceremo-

Muchos años más tarde, en la segunda mitad del siglo xv, ambas cosas iban a fundirse en una sola, y cuando el cuerpo de Martín el Humano llegó por fin a Poblet, encontró su lugar ocupado por aquél que, tras el Compromiso de Caspe, también había sido su inmediato sucesor en el trono de la Corona de Aragón. El viaje más largo del rey, a estas alturas, todavía no había acabado.²⁸

7. EPÍLOGO: LOS PASOS PERDIDOS

Nadie los ve. Vestidos de negro, hundidos en las profundidades de la ceremonia, caminan acompañados y en silencio, abstraídos en el ritmo de sus propios pasos, invisibles y perfectos. Aguantan el cuerpo del fallecido Juan II, disimulados bajo el peso del recubierto lecho de madera donde ha sido colocado el monarca, y lo trasladan por las calles de Barcelona hacia su destino en la catedral. Ese sábado 30 de enero de 1479, la ciudad contempla el imponente y grave desfile del séquito fúnebre, donde hasta veinticuatro personalidades, entre autoridades municipales, ciudadanos y nobles, aparecen como portadores visibles del difunto soberano, repartidos en un orden estricto de colocación. Para que sus caras no expresen cansancio, sino tan sólo dolor, para que su presencia sea siempre digna y honorable, doce figuras anónimas han sido contratadas y encargadas de suplantar su esfuerzo. No tienen rostro, y viven en lo profundo de la ceremonia, para que nadie los vea.²⁹

Todo despliegue ceremonial tiene su movimiento inverso; toda escenificación, su repliegue secreto; toda apariencia, su doblez. Nombres, lugares, gestos, miradas, todo tiene cabida en esos pliegues que deforman la lisa superficie de lo visible y conocido. En ellos, muy a pesar de la intencionalidad lógica de toda descripción, de todo relato, descansa parte del sentido y del significado de lo representado. Sin ellos, entendemos otra realidad, quizá más poderosa y contundente, pero siempre menos compleja y perturbadora. Hay pasos perdidos en toda ceremonia, huellas de cadencias que se alejan del ritmo ideal de la celebración, rastros difusos de una actividad que se nos escapa. Suenan en los intersticios y las grietas, en las penumbras y oscuridades de los documentos que vemos y creemos entender. Viven bajo nuestra tranquilidad más ficticia, en lo más profundo de la ceremonia.

nias; véase Agustí DURAN I SANPERE y Josep SANABRE, *Llibre de les Solemnitats de Barcelona*, Barcelona, Institució Patxot, 1930-1947, 2 v. Sí se han conservado las disposiciones tomadas por el consistorio municipal de Valencia, en Salvador CARRERES ZACARÉS, «Exequias regias en Valencia (1276-1410)», en *III Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, vol. I, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1923, p. 270-272. La imagen del «córrer les armes» ante el rey secuestrado por la ciudad ha sido tomada de Flocel SABATÉ, *Lo senyor rei és mort!*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 1994, p. 177-178.

28. Acerca de la particular relación de Martín el Humano con el monasterio de Poblet, véase Agustí ALTISENT, *Història de Poblet*, L'Espluga de Francolí, Abadía de Poblet, 1974, p. 292-295.

29. Los detalles de las exequias de Juan II celebradas en Barcelona en 1479 aparecen recogidos en Agustí DURAN I SANPERE y Josep SANABRE, *Llibre de les Solemnitats...*, vol. I, p. 301-319.